

LA CIUDAD MAS LINDA DE NICARAGUA

Manuel González Galván
(mexicano)

Granada me ha parecido la ciudad más linda de Nicaragua y la que tiene más unidad urbana en sus volúmenes composición y material constructivo. Sus calles son amplias, bien trazadas y limpias, se ven pocos anuncios y predominan tonos ocres en los muros que armonizan bien con el rojizo de los tejados y el enlucido blanco de los principales edificios, todo catalizado bajo el límpido azul del cielo, tanto que de cuando en vez, sobre la nítida perspectiva horizontal de sus cuadros amarillo y rojo brotan cúpulas y torres blancas como nubes fraguadas por el arte y descendidas hasta posarse suavemente para anidar sobre los aleros.

El conjunto urbano, dentro de su sencillez, es algo único, sus aleros sostenidos por largos canes o zapatas, vuelan mucho y le dan un aire de acogedora protección a las calles. En las esquinas desaparecen el típico balcón de ángulo o el doble zaguán, tan usual en León, para dar lugar a una curiosa modalidad; en los cruces de calles, las esquinas se achaflanan y dan lugar a una portada con lo que se forma una especie de pequeña plazoleta de planta octogonal en la que cuatro caras corresponden a las portadas o muros en *pancoupé* y los otros cuatro lados son las propias salidas de las calles que, como planos abatidos, abren el espacio a profundas y rectas perspectivas, es un bonito juego

contrastante de macizos y vacíos, de planos límite y visuales en fuga. Desgraciadamente están desapareciendo algunas de estas soluciones ya que con voracidad mezquina muchas casas reclaman su pequeño triángulo libre ocupándolo con la dureza a escuadra de las esquinas comunes a cualquier ciudad.

El clima es soleado y cálido por lo que las calles, empedradas o de tierra suelta las más, son regadas con frecuencia y así la atmósfera se llena del inigualable olor a tierra mojada y se evitan las tolvaneras.

Al encanto plástico se añade el del silencio debido a la vida lenta y adormecida de la ciudad; por sus calles circulan, añorantes y con más abundancia que automóviles, trotantes calesas que hacen el servicio urbano. Recorrí la ciudad en una de ellas y fui hasta la orilla del gran lago de Nicaragua, verdadero mar interior y de hecho comunicado con el atlántico a través del río San Juan. El horizonte sin límites y un fuerte oleaje. Plumeaba la superficie con la espuma de altas olas que acentúan el tono marítimo, hasta me dicen que hay tiburones y pesca grande, siendo naturalmente frecuente los naufragios funestos.

El gran lago ha sido riqueza y miseria para Granada, razón de su engrandecimiento económico debido al comercio marítimo con el Caribe y también causa de su destrucción pues por ahí mismo llegaban los buques cargados tanto de mercancías como de piratas, el último gran saqueo e incendio sufrido se debió al norteamericano Walker, al mediar el siglo XIX. Estos desastres provocados por el hombre explican la escasez de edificios coloniales y la pobreza ornamental de los interiores eclesiásticos. Se comprende asimismo que al finalizar el siglo XIX ya sin zozobra, pero también sin la exaltación religiosa colonial, se haya reconstruido Granada de acuerdo con el gusto de la época y sea estilísticamente una ciudad en la que predomina el Neoclásico. Estilo que pontifica irrecusable desde su edificio mayor, la catedral. Entre las iglesias coloniales destacan San Francisco y La Merced ambas tan reconstruidas posteriormente que sólo sus exteriores presentan interés, pues tienen una rara originalidad ya cercana al juego superficial. La fachada de San Francisco es tan absurda que resulta atrayente, básicamente es un amplio muro rectangular apaisado y rematado por un frontón muy bajo que lo cubre de extremo a extremo. Sobre este muro se desplanta un pórtico simulado de dos cuerpos y cinco calles o intercolumnios, las columnas son de fuste en media-muestra pero de orden indefinido próximo al toscano, parecen inspiradas en las de piedra de la casa Montiel. Estas columnas no reciben el debido entablamento sino sólo la cornisa directamente, entre ellas; para evitar la total lisura del muro en el segundo cuerpo, penden suspendidos de la cornisa faldoncillos y clavetones de estuco, lazos que a su vez amarran una especie de vaina de plátano, tema decorativo predilecto de Granada y que parece provenir desde la época colonial pues aparece labrado en piedra también en la portada de la Casa Montiel. Este motivo se repite monótonamente y sólo desaparece en la parte baja para dar lugar a los vanos de tres puertas y cuatro ventanas altas, dos de ellas elípticas y las otras dos a la anti-güena; no hay nada más que sea notable. Diríase que esta fachada parece más una doble balaustrada colosal que frente eclesiástico, pues sólo el escudo franciscano en el frontón habla de religión, no hay torre y las campanas tienen que alejarse del frente para alojarse en una sencilla espadaña de tres vanos, también más ancha que alta, y que se separa de la fachada y sólo se relaciona con ella, muy a la nicaragüense, con la altura de su cornisa, que es la misma que la del primer gran cuerpo de la fachada. El amplio frontón delata muy sinceramente el tejado a dos aguas que hay detrás y sólo esto es lo que tiene de más clásico tan alocado frontispicio.

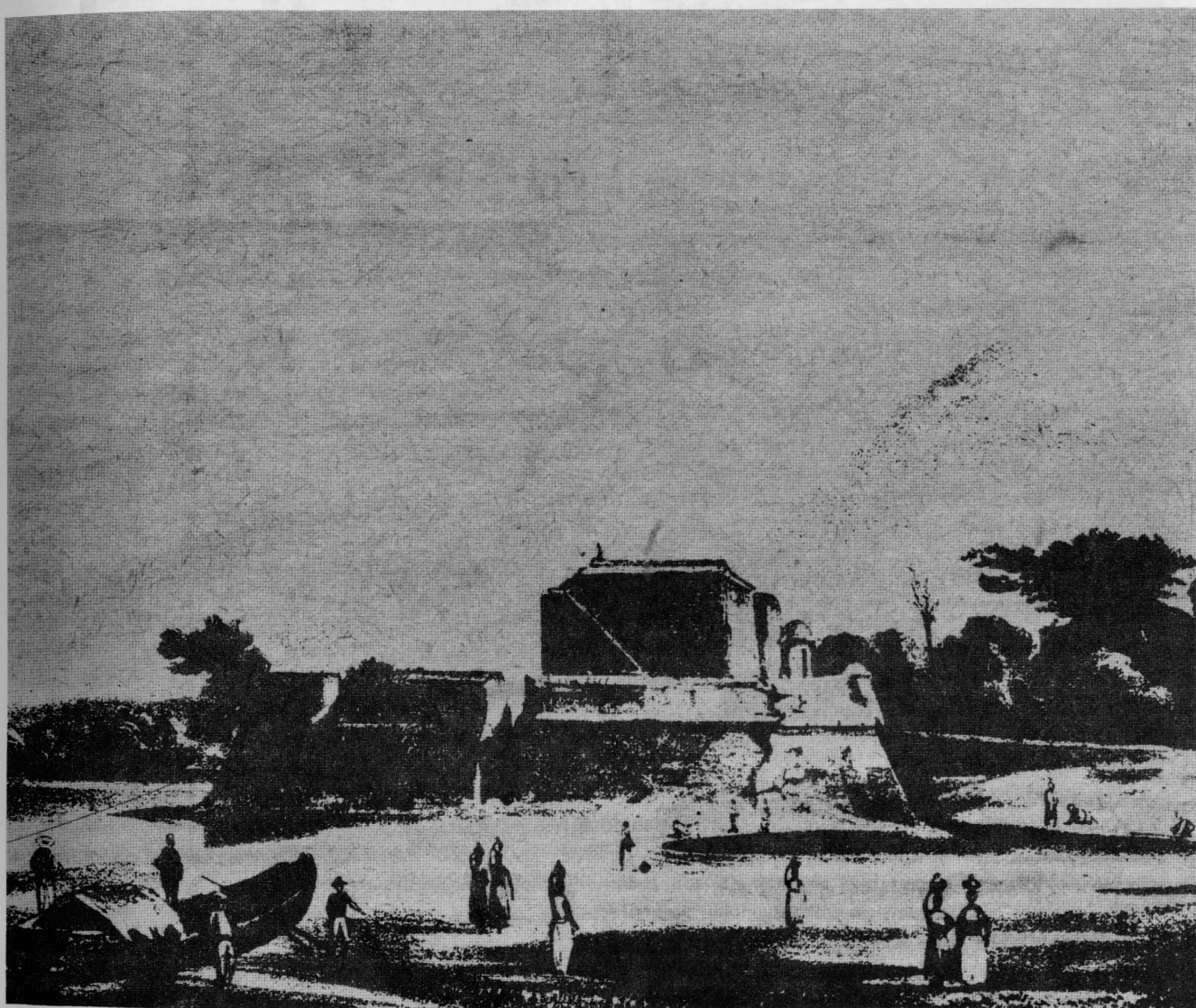
El exterior de La Merced es más rico y variado, la fachada es una conjunción de tres portadas unificadas en el cuerpo bajo por la altura de su cornisa corrida y se forman cinco calles, con tres ingresos, como en San Francisco, pero la parte alta es lo más variado, movido y rico el conjunto y naturalmente lo más barroco; un segundo cuerpo, al centro, da la mano a dos espadañas que lo enmarcan, mien-

tras una tercera espadaña, de igual tipo, se yergue sobre él, y el perfil se complica aún más con abundantes remates que hacen de la silueta de esta fachada una bella crestería barroca cuyo nervioso altibajo contrasta con la serenidad del cuerpo inferior. En el cubo de la torre hay una inscripción que nos informa de las fechas de construcción, 1781 a 1783, y otra más larga nos dice que demolido el templo hasta su mitad en 1854, se reconstruyó en 1892 por el maestro Esteban Sandino. La movida fachada con su claro barroquismo debe datar pues de fines del XVIII y la torre de un siglo después, de 1892, se confirma la diferencia de época y gusto en que la corpulenta y alta torre no sigue la fórmula colonial de equiparar fachada y torre pues se levanta pegada pero independiente y, además, su decoración es neoclásica a base de ingenuos pliegues de estuco que simulan colgar de las cornisas, como en San Francisco, y dan a los muros del cubo un gracioso aspecto como de banbalinas para espectáculo teatral.

En lo civil, se conserva solitaria, como rostro sin cuerpo viendo a la plaza mayor (sólo la portada de la casa del adelantado de Costa Rica, don Diego Montiel), el edificio desapareció en el incendio de Walker, es muestra única y por ello doblemente importante de lo que fue el arte civil en Granada. Es toda de piedra y con excepción del arco conopial despuntado que cierra el ingreso, las demás formas, según parece, pertenecen a un repertorio decorativo propio de Granada; las cuatro columnas que por pares enmarcan la puerta son hermanas, si no es que ancestros de las de San Francisco y La Merced; la rosca del arco conopial deviene en foliaciones que llenan las enjutas con tal predominio de la curva que el *Art Nouveau* no las desdenaría; más arriba, rematando lo que serían pares de capiteles, dos leones echados dan el tono heráldico, su expresión, más asustada que agresiva, divierte, sobre todo, porque a su inofensiva presencia se añade una cadena "de veras" que ingenuamente echada al cuello de uno de ellos lo sujeta al muro, el otro también debió tener la suya. En lugar de la cornisa, un grueso meandro corre de lado a lado y hace pensar en la presencia del cercano lago, el remate es un frontón de perfil curvilíneo armado con cuatro indefinibles trozos de moldura que afectan forma de S alargada y se recargan en un tramo final curvado en medio punto cuyos extremos se adelgazan y enrollan para que ahí se atoren y cuelguen esas rarísimas vainas de plátano o extraños frutos que Granada escogió como ornato predilecto, entre ellos, un recuadro coronado, aloja el escudo de nobleza que da lustre a la obra. Me detuvo otra sencilla portada civil casi oculta y agonizante, por lo mutilada, en una casa colonial en la calle de Comercio, junto al teatro González, su frontón lleva dos leones que custodian un escudo mercedario o carmelitano todo barroco, en la orilla izquierda una sirenita desterrada de Guatemala parece desfallecer poco antes de llegar al lago donde podría vivir en su elemento. Por lo demás, Granada, aunque escasa de monumentos muy notables, es un caso de monumentalidad total, es decir, que no vale tanto por obras aisladas cuanto por el conjunto armonioso del todo, no es ciudad

de monumentos que deben su gloria al genio creador de uno o varios autores, sino la expresión de la sensibilidad común y anónima de todos los habitantes que en forma unánime manifiestan su gusto y manera de vivir en la similitud repetida de su casa habitación, lo que constituye, como producto de la unidad social, la tipicidad. Hay tramos de Granada, como la plaza que se abre al norte de la catedral, que debieran declararse intocables por ley pues es

muy bella y significativa con su costado poniente como muestra de la arquitectura local, con sus volados aleros que corren a todo lo largo, en tanto que el costado oriente se cubre todo de casas neoclásicas con portales muy airosos entre los que se acomoda la portada Montiel, para conjugarse el conjunto como *in crescendo* plástico e histórico, en el pórtico jónico de la catedral.



Fuertecito de Granada en tiempos de Walker



Al encanto plástico se añade el del silencio debido a la vida lenta y adormecida de la ciudad; por sus calles circulan, añorantes y con más abundancia que automóviles, trotantes calesas que hacen el servicio urbano. Recorrí la ciudad en una de ellas y fui hasta la orilla del gran lago de Nicaragua, verdadero mar interior y de hecho comunicado con el Atlántico a través del río San Juan. El horizonte sin límites y un fuerte oleaje. Plumeaba la superficie con la espuma de altas olas que acentúan el tono marítimo, hasta me dicen que hay tiburones y pesca grande, siendo naturalmente frecuente los naufragios funestos.